

Momo ya ha terminado su jornada de trabajo artístico sin incidentes y se dirige a Alonso Martínez, donde ha dejado la bici.

Está contento porque ya ha habido gente que le ha felicitado por el estencil, aunque no cree que vaya a tener tanto éxito como el que había hecho en el 2003 en el que aparecía el marido de la concejala con orejas de Mickey.

En ese caso quedaba muy claro el mensaje, el de la invasión cultural y bélica que de la segunda guerra mundial nos conducía a una tercera como si de un juego de niños se tratara.

Lo que más le satisfacía de salir a pintar en la calle era el hecho de poder comunicarse con la gente y saber lo que opinaba.

Respecto al tema de la intoxicación del aire en la ciudad, hubo al menos veinte personas que esa noche reconocieron haber pasado por el mismo suplicio durante los últimos meses.

Sin embargo, como la comunicación era unidireccional, los periodistas no tenían la libertad de expresar lo que realmente sucedía, y un grave problema de salud pública como aquel había permanecido silenciado.

Consideraba que aparte de los blogs y las redes sociales, apenas existía una legítima vía de comunicación capaz de expresar la verdadera opinión ciudadana.

Él lo sabía porque trabajaba para una revista femenina, que le parecía una de las más alienantes de todas; pero no tenía otra alternativa, pues no existían tantos puestos de trabajo para un diseñador gráfico como le gustaría.

A los que poseían la fuerza de trabajo como él, jóvenes con ansias de crear, no les quedaba más remedio que servir a los poderosos para ganarse el pan.

Antes no había tampoco mucho donde elegir, y ni siquiera existía el diseño gráfico, pero al menos uno podía establecerse como autónomo y vivir con desahogo.

Sus padres tenían una librería y durante décadas habían realizado honestamente su labor de difusión de la lectura en el barrio.

Aunque ahora estaban a punto de cerrar porque todo se había vuelto impersonal, y las nuevas generaciones de vecinos, guiados como los corderos por la publicidad, se dirigían a comprar a los grandes como el Fnac.

Lo mismo había pasado con todo tipo de mercancías como la ropa, la comida, los muebles...

Cómo no iban a cerrar las tiendas de los barrios si el mundo se había convertido en patrimonio de las multinacionales y los países estaban gobernados realmente por ellas.

A su modo de ver el mundo se dirigía hacia una dictadura económica controlada por un mafia política que a su vez debía obedecer a la publicidad, de la cual se nutrían los medios de comunicación que guiaban a las masas.

Por eso le parecía que lo más lógico para el mundo entero, especialmente los países desarrollados, sería comenzar a pagar de una vez la tasa Tobin antes de que la mitad de la población se quedase en la ruina a causa de tanto monopolio económico.

Por ese motivo hacía años que pertenecía a Attac.

También era miembro de Pedalibre, y esperaba la manifestación del día siguiente como agua de mayo.

Desde joven tenía conciencia social, y el derecho a respirar le parecía fundamental.

Quizá el haber vivido en Berlín, donde había estado de Erasmus cuando estudiaba Bellas Artes, le había abierto los ojos sobre la situación en su propio país.

Allí se había aficionado a la bici, y aunque sabía que arriesgaba su vida, luchaba cada día por poder ir a trabajar en ella.

Como tenía un amigo que trabajaba en un bar en Alonso Martínez, se plantea si irse a casa o pasarse a hacerle una visita.